

### **0341. Inquietudes con respuesta**

Muchas veces en nuestro Programa sacamos a relucir o manifestamos un sentimiento muy íntimo que nos preocupa: *¿Por qué hay tantos hermanos nuestros que sufren? ¿Por qué no todos los hombres disfrutan de la vida como la gozamos nosotros, a pesar, quizá, de nuestros problemas personales?*

Un famoso filósofo moderno, que vivió siempre en una angustia mortal porque no hallaba razón de ser para su vida, escribió esta sentencia tan acertada:

- *La vida adquirirá plenitud el día en que la persona pueda encontrar una idea por la cual valga la pena vivir y morir* (Kierkegaard)

No pudo decirlo mejor. Sufren muchos hermanos nuestros porque no encuentran razón para vivir.

La vida merece vivirse sólo cuando hay un ideal.

Sólo cuando se sabe por qué se vive.

Sólo cuando se sabe por qué se trabaja.

Sólo cuando se sabe por qué se sufre.

Sólo cuando se sabe hacia dónde nos dirigimos.

Sólo cuando se sabe, con plena convicción, que tendremos un desenlace feliz después de esta vida azarosa. Porque sólo entonces es cuando una persona se puede *realizar*, como nos gusta decir hoy.

Si todas estas certezas las traducimos después a la práctica en el quehacer diario, nuestra vida discurre con normalidad, con ilusión, estamos contentos, y decimos con ese eslogan que ya se ha hecho famoso:

- *La vida vale la pena vivirse.*

Para el cristiano, esto no supone ningún problema. Le basta estar convencido de su fe y de vivir en esa amistad de Dios, que llamamos *la Gracia*.

A partir del Concilio, y también del Catecismo de la Iglesia Católica, se repiten muchas veces esas preguntas inquietantes, que se hacen tantas personas:

- *¿Por qué existo? ¿Qué sentido tiene el mundo y la vida? ¿En qué parará todo? ¿Qué significa esta ansia de felicidad?...*

Nosotros, cristianos, sabemos dar respuesta a todo esto. Porque nos la ha dado Dios mismo en Jesucristo, con su vida, su resurrección y sus enseñanzas. Pero, no todos tienen nuestra fe. Aunque ahora no nos vamos a fijar en los que no tienen fe, sino en nosotros mismos, en tantos cristianos que nos rodean, que se hacen esas mismas preguntas, y no atinan en la solución. ¿A qué se debe esto? ¿No será que, a pesar de su fe, la vida se les convierte en un fracaso, por no vivirla conforme a esa fe?

No lo dudamos. El cristiano tiene la respuesta para esas inquietudes. Lo que falta es vivir conforme a la fe que se recibió en el Bautismo. El Concilio nos lo dijo con unas palabras que se repiten mucho:

- *En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado... Cristo manifiesta plenamente el hombre al hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (GS,22)*

Aquí está la cuestión. Miramos a Jesucristo, y todo queda esclarecido.

En una gran fábrica eran todo discusiones entre los trabajadores. Se cuestionaba el *salario*, como es natural. Entre hombres y mujeres, el tema *sexo* era el más socorrido, cosa de no mucho extrañar tampoco. El *deporte*, el fútbol sobre todo, los excitaba más de lo debido. La religión, la Iglesia, salían siempre a cuento, y las opiniones se dividían irreconciliables. Sólo un obrero, entre tantos compañeros, parecía imperturbable y como si nada de todo eso le importara, por más que era un militante católico y, por lo mismo, era también el más interesado en llevar paz y solución a los problemas de los otros. Hasta que le preguntan un día, enojados, tres o cuatro de su sección:

- *Y tú, que siempre estás con tus Misas, ¿qué nos dices? Como a ti te va todo bien, te importan un pepino nuestros problemas. Si estuvieras en nuestro pellejo, pronto se acabaría esa tu serenidad.*

El interpelado no perdió la calma. Y con más tranquilidad que nunca, les contesta:

- Pues, sí; lo decís bien. Precisamente porque a mí me va todo bien, me preocupan vuestros problemas, y quisiera daros mi solución.

- ¿Qué solución? Tu Cristo, seguramente...

- Exacto. Yo miro al Obrero de Nazaret, y no me quejo de la fábrica: gano más de lo que ganaba Él, y la paso mejor que Él. Lo miro metido entre la gente, y vosotros sois mi mejor compañía. Habéis visto alguna vez mi pequeño Crucifijo, porque no lo escondo; y me basta apretarlo cuando algo me va mal, para no quejarme de nada. Me basta pensar en el sueldo que me guarda Él, cuando acabe la jornada más larga, y me ilusiona más que cualquier fin de semana...

Los otros, revoltosos, pero gente buena al fin y al cabo, escuchaban pensativos. Mientras el amigo, lleno de interés por llevarles un poco de luz y de paz, concluía:

- No tengo otro secreto que deciros.

Y es que no existe en realidad otro secreto para la felicidad.

El regalo de Dios, que nos da su vida. El tesoro de la Gracia, que pone en nuestras manos. La vida nueva, que inunda todo nuestro ser. Sentirse amados por un Dios que se nos da y nos espera... Esta es la razón que buscaba el filósofo y no la encontraba.

Nosotros, que la conocemos y la tenemos como un ideal, somos la gente más despreocupada, más feliz y más rica que discurre por la tierra... La lástima es que no todos tengan la misma dicha. *Señor Dios nuestro, ¿por que no se la das a todos?...*